

TORREMOLINOS, EL MITO *EN* EL PUEBLO

(revista *LITORAL: Torremolinos de pueblo a mito*)

La infancia es una geografía incontaminada, una roca reluciente a la que las oleadas del tiempo han limpiado de impurezas. Al menos, así debería serlo siempre, pues, si como escribía Savater, es en la infancia donde se labran los fundamentos épicos de la existencia humana, atravesar una infancia feliz es un rito de paso concebido como un derecho a vivir sin traumas las experiencias primordiales, y no sólo como un inocuo lapso temporal. Ya vendrá la vida a ejercer su acción devastadora; y si no fuera porque, en efecto, el horror también se ceba en ella, diríamos que *infancia feliz* es un pleonasma, porque a medida que fluye hacia atrás en el recuerdo, esa infancia se va haciendo cada vez más abstracta y hermosa, - en el tiempo y en el espacio- hasta llegar a un paisaje que se disuelve en los sueños, una ciudad de los prodigios. Eso era Málaga para un niño que en los años cincuenta venía de Madrid en vacaciones. Y Torremolinos en la cima del Edén.

Nunca fue Torremolinos un pueblo claramente estructurado, como gustaría al racionalismo impenitente de los urbanistas. El farallón de La Roca con el Castillo del Inglés, tersando la cuerda de las playas de Carihuela y Bajondillo, confunde y “desordena” orgánicamente su trama urbana, apenas esclarecida por la carretera de Cádiz, la calle San Miguel y la cuesta de El Calvario. El Torremolinos balsámico de los primeros ingleses es un equilibrio de casas blancas aleatoriamente esparcidas entre cañaverales y jardines con la benemérita pareja de la palmera y la araucaria, tapias con bouganvillas, cuestras, lomas, riscos, manantiales, torres y una cierta *nonchalance* con respecto a la capital que anuncia una predisposición a algo. Es un equilibrio tenso, como el de las piezas clave de una estructura solo intuita por espíritus diestros en paladear la calma. Cuando hoy vemos algunas fotos en blanco y negro- cuando las vemos en las cuatro dimensiones de la memoria- más me convenzo de que a Torremolinos no se le podía tocar un pelo. Torremolinos pertenecía más bien al urbanismo de Ítalo Calvino, quizás de Borges: una ciudad mágica a la que se le había encomendado ser la esencia del Mediterráneo, patrimonio de dioses, a condición de permanecer inalterable. Pero casi siempre los dioses han querido ser humanos, y por eso Torremolinos se hizo mortal, estalló y se avino a ser un pueblo, al tiempo que se instalaba para siempre en el mito.

(*Un perro mordió el pantalón de mi padre cuando cruzábamos las huertas camino de la Iglesia del Correccional, a la misa del domingo; le habíamos*

alquilado la casa, como todos los veranos, a la enlutada y locuaz Carmen Montes, primera "real state" del pueblo, tan decisiva como D^a Carlota Alessandri, pero sin su abolengo. Luego compraríamos las exquisitas tortas de El Hoyo, en Los Manantiales. No íbamos a las playas de La Carihuela ni El Bajondillo, porque había ¡mucha gente!; preferíamos ir a la playa de Santa Ana, más allá de Montemar, antes de que fuera Benalmádena; en la arena, con el castillo del coronel Schestrom (El Bil Bil) al fondo, sólo destacaba el sombrero de cañizo que mi tío se había hecho construir. El resto solo se llenaba los días de "gira" (el 18 de julio) cuando el pueblo se decidía a emular a los señoritos, aunque sus preferencias fueran el río Guadalhorce. Desde la casa de mi tío, arriba de una empinada cuesta, se veía el cine de verano, que nos dejó marcados con el technicolor y "Los crímenes del museo de cera". Algunas tardes íbamos con mis primos al hotel San Enrique: allí estaba Fátima. Oía a mis padres hablar de las salas de fiestas El Remo y El Mañana como si con ellas algo de aquel cine se nos metiera en casa. Se comentaban cosas de unas hermanas muy modernas y desinhibidas. Torremolinos era como Málaga con playa y alguna cosa más que no acertaba a definir pero que olía a jazmín, a bolsos de buen cuero y a perfume caro: para mí que olía "a extranjero")

Así como existen frágiles fronteras geográficas en las que dos mundos explosivos se tocan las yemas de los dedos, el Torremolinos de finales de los años cincuenta era una tenue frontera entre dos tiempos impetuosos. No era solo un trasvase machadiano entre una España que moría y otra que bostezaba sino la aparición de un fenómeno económico a escala planetaria, el turismo de masas, que alumbró primero en los lugares más propicios. Tampoco eran ya éstas las secuelas del Grand Tour sino, lisa y llanamente, una forma de sacudirse la pobreza y, sobre todo, de sacudirse el complejo de español, abriéndose el cuerpo en canal para que lo ventilara el aire del mundo. Sí, allí en Torremolinos se escenificaba la forma con que Occidente y España estaban saliendo de sus respectivas guerras, descubriéndose mutuamente en un desigual modo de rendir tributo a las nuevas manifestaciones del moderno capitalismo postindustrial. La frontera asistía a una ósmosis desequilibrada de turistas y emigrantes pero lo importante es que se resquebrajó, y desde el primer momento el régimen empezó a cavar su propia fosa. Si hiciéramos una minuciosa concatenación de causas y efectos habría que preguntarse hasta qué punto no entró en España, a través de Torremolinos, una forma *socialmente* homologable de ser europeos que con el tiempo devino en una forma *políticamente* homologable. Los hijos de Torremolinos son muchos más que los personajes de la novela de James Michener. Qué deuda moral no habremos

contraído con un lugar que renunció a toda voluntad de identidad, de “*topos*”, para asumir una identidad de fábula, bruñendo la imagen de un país entero, atendiendo a lo que en cada momento exigía eso que en la implacable lógica de las producciones y consumos se llama “la demanda”. Torremolinos ha hecho siempre lo que se le ha pedido, y en ello se consumió.

Pero el turismo de masas no surgió de forma abrupta. El turismo primero crea una geografía del esplendor, una simbolización de la modernidad y - casi como una inevitable consecuencia de la España buñueliana- de la molicie. Enseguida el sortilegio del Torremolinos balneario se desvanece sin nostalgia, pero de su aliento renace un Torremolinos nuevo, un mundo que lleva suspendida, con la brillantez de la arquitectura de estilo internacional, un aura pulcra, mundana, de champán *pétillante*: el Hotel Pez Espada, el Carihuela Palace, La Roca, La Nogalera....El estilo del relax decimonónico-circunspeto, colonial y *british*- era un tiempo detenido de verano eterno; el estilo del relax de los años sesenta- frívolo, “glameroso”, cosmopolita- requería un tiempo más acelerado de lo que cualquier lugar pudiera resistir. Torremolinos era un sitio muy pequeño para soportar tanta demanda de energía simbólica: una etapa del veleidoso deambular de la Internacional del ocio, un refugio de almas cuarteadas en todas las barras del mundo, de la diáspora tangerina, una escuela de educación sentimental, la ventana de un país sombrío hacia un mundo luminoso, un puente hacia otro tiempo que creíamos ya en el presente cuando aún estaba en el futuro, el de la libertad. Y, claro, estalló.

El ciclo vital de algunas ciudades, que casi siempre dura siglos, en Torremolinos se cierra en cuarenta años: nacimiento, desarrollo, esplendor y decadencia. Torremolinos es pura historia comprimida. Pero aún en los más estridentes momentos de su explosión Torremolinos seguía siendo fiel a las determinaciones de su mito: ser moderna, rabiosamente moderna como nos exigía Rimbaud. Torremolinos mantuvo su fascinación aún en la locura de su desarrollo porque, quizás sin saberlo, atesoraba los atributos de la modernidad de hoy, esto es, la amalgama, la yuxtaposición, la simultaneidad, el collage, la ambigüedad: la historia lineal borrada en la fugacidad de un presente en constante ebullición donde toda nostalgia ha sido proscrita, donde toda certeza se deshace a la vuelta de una esquina, sin más que cambiar de perspectiva.

(Pipper's, Pedro's, VIP's, Tiffany's... lustre de genitivo sajón, Le Fiacre, Bossa Nova, Bilboquet, El Metro, Barbarela, streaptease en El Tabarín, tangos en Mi Bohío, flamenco en El Jaleo y Las Cuevas, Querelles de barrio en el Pasaje

Begoña, braguetas a reventar, misterios gozosos, redadas, policías, “reiteradas infracciones a la normativa sobre moralidad y buenas costumbres”, cierre y subida a los cielos)

A Torremolinos lo mataron en 1971 desde un Gobierno Civil y lo quisieron embalsamar en las primeras décadas de este siglo. No podían soportar el equilibrio inestable de su indefinición, el desafío permanente de sus ambigüedades ni la insultante displicencia de su pavoneo acanallado, y fue tratada como una puta, violada por una legión de especuladores, encerrada en los calabozos de la moral y recluída finalmente en un asilo donde, en su desvarío, ha estado añorando tragicómicamente grandezas que nunca fueron suyas.

Hoy, por las calles de la ciudad, entre sus hoteles, apartamentos, bares y tiendas, hamburguesas y fritangas, afloran unos restos que ya pronto nadie sabrá contextualizar, pero que están ahí, emitiendo mensajes que taladran las capas apiñadas de otros Torremolinos. Son vestigios arqueológicos de una modernidad en cuyo nombre podremos certificar su muerte pero, como Anteo, al tiempo le dan la vida, apremiándole a acometer la fascinante empresa de su transfiguración.

Salvador Moreno Peralta, arquitecto